## CAPITULO VII

---

### DE LA DIRECCION DE LA PRODUCCION Y DEL PAPEL DEL EMPRESARIO.

El consumo del capital y del trabajo.—El productor en pequeña escala, ó productor autónomo.—Causas que obligan á atribuir al capital la dirección de la producción.—Variedad de condiciones intelectuales y morales, necesarias en el empresario industrial.

*Concurso del capital y del trabajo. El productor en pequeña escala, ó productor autónomo.*—Los tres elementos que concurren para la producción, la naturaleza, el trabajo, y el capital, deben coordinarse, combinarse y obrar de acuerdo. El primero, la naturaleza, es un elemento subordinado, es el elemento pasivo que obedece ó debe obedecer. La naturaleza, esto no puede ponerse en duda, frecuentemente se rebela en contra de esa subordinación, ya por virtud de la influencia misteriosa que ejerce sobre el



hombre, ya por las conmociones que á menudo embarazan ó destruyen la obra de éste; las inundaciones, los temblores de tierra, los desencadenamientos imprevistos de las fuerzas naturales, caracterizan esas rebeliones de la naturaleza en contra del trabajo. No obstante, la marcha y el poder de la civilización, se manifiestan por un dominio cresciente del hombre sobre la naturaleza; ésta es, pues, sometida á una subordinación que, sin embargo, no es completa, un elemento indispensable para la producción.

Quedando el trabajo y el capital, frente á frente, ¿de què medios valerse para hacerlos cooperar? ¿á cuál de ellos otorgar la dirección del otro?

Existe, desde luego, un tipo primitivo, de productor, al que no se refiere el problema, llamado productor aislado ó autónomo, el propietario en pequeño, el sastre ó zapatero que individualmente trabajan en pequeña escala, el aguador y en general el artesano que trabaja solo, por su propia cuenta, sin otra ayuda que su mujer ó sus pequeños hijos. Este reune á la vez las condiciones de capitalista y de trabajador manual; posee sus útiles propios y sus abastecimientos. Aquí el capitalista, un capitalista muy en pequeño en verdad, y el obrero, se encuentran encamados en la misma persona, y reinando

entre ambos una inteligencia completa, no hay querella posible.

Habrá quien considere á semejante tipo de productor, como respondiendo á la naturaleza de las cosas, porque armoniza con la concepción fácil y vulgar del espíritu humano. Se cometería un error. El productor aislado ó autónomo. está muy lejos de ser siempre posible. Desde luego, muchos trabajos están por encima de las fuerzas de un individuo y aun de una familia, y además exigen un capital considerable. Por otra parte, el capital no se produce igualmente por todos los hombres, porque las cualidades morales que alientan á capitalizar y las cualidades físicas ó intelectuales que hacen posible esa operación, no constituyen al menos en grado el patrimonio de todos los hombres.

Acontece que determinado número de hombres no han producido capital, ó no lo han atesorado, ó poseen una parte mínima, otros lo tienen en regular cantidad y algunos disponen de un capital considerable; por otra parte, ciertos trabajos requieren capitales enormes, de donde resulta que no es posible que todos los trabajadores sean productores aislados ó autónomos, que posean y dirijan cada uno de ellos, los tres elementos de la producción.

*Causas que valen al capital la dirección*



*de las empresas.*—Para que se realicen y funcionen las fructuosas alianzas del capital y del trabajo, necesaria es una organización, en que uno de estos elementos se encuentre subordinade al otro para la obra de la producción.

Militan razones de peso en el sentido de que la dirección de las empresas pertenezca al capital, ó á sus representantes.

En todas las circunstancias, los hombres se encuentran siempre enfrente unos de otros; pero algunos son más caracterizados por sus antecedentes, por los elementos de que disponen ó por los riesgos que corren, para dirigir el taller y la producción.

Los hombres que, dada la organización social, se encuentran al frente de trabajos industriales, comerciales ó agrícolas, han recibido el nombre de empresarios. Véamos qué es el empresario, y en qué difiere del simple obrero y de la masa de obreros.

El papel del empresario comprende dos diversas funciones; debe ser, desde luego, un hombre de iniciativa que conciba una producción especial, y que reuna los elementos para realizarla. Supongamos que un hombre con tales dotes se diga: en determinada región se podría establecer una hullera, ó una fundición y que las circunstancias naturales y económicas, del lugar, se prestasen para esa industria; que se pu-

diese producir carbón y fierro baratos, de los que tuviese asegurado el consumo, en lugares próximos ó lejanos; para esto, le ha sido menester tener en cuenta el precio de costo y el de venta. Ha sido necesario entregarse á una labor intelectual dilatada y penosa, para hacer sus combinaciones y sus planes y verificar la exactitud de ellos, y es necesario que el mismo trabajo intelectual continúe durante toda la ejecución de su tarea, y toda la duración de su industria. El empresario es, en relación con los obreros en una industria, lo que el cerebro respecto de los miembros del cuerpo humano.—Indispensable ha sido después que este hombre reuna todos los elementos de la producción: el capital y la mano de obra; el capital, es decir, los abastecimientos, instrumentos y materias primas de todas clases: edificios, utensilios. combustible, todo lo que entra en la fabricación del artículo; despues el numerario que se necesita para mantener á los obreros, mientras dura la producción, puesto que no estando concluidos ni realizados los objetos, no habrá ninguna entrada. No es absolutamente necesario que el empresario sea capitalista, aunque es, preferible que lo sea, porque así tendrá más experiencia y más prudencia en la dirección; pero en rigor es bastante, siendo esta una condición menos favorable, que el empresa-



rio inspire confianza á los capitalistas y haga adelantarse por ellos, el capital necesario. También necesita la mano de obra en todas sus formas; es decir, hombres que no solamente le aporten sus brazos, sino que conozcan el oficio, ó sean susceptibles de aprenderlo, y además contramaestres y vigilantes que sean capaces y leales, y al lado de toda esa gente, contadores, y empleados diversos que tengan cada uno las aptitudes convenientes para sus respectivas funciones.

Si uno de estos elementos falta, ó no está bien apropiado, toda la empresa peligra; la cual, una vez fundada, requiere los mismos incesantes cuidados á fin de que no concluya por relajarse y disolverse.

El empresario debe vigilar á efecto de que el excedente definitivo, al cabo del año, de las entradas, respecto de los desembolsos, esto es, del precio de venta sobre el de costo, demuestre que los elementos de la producción han sido bien empleados, bien combinados, y que no han ocurrido despilfarros ni pérdidas. El espíritu del empresario es á manera de un espejo en el que vienen á reflejarse todos los elementos y todos los resultados de la producción; también es él quien reporta toda la responsabilidad de ésta. Gana el excedente del precio de venta respecto del de costo, ó sufre el déficit que resulta.

Existe pues una gran diferencia entre la función que desempeña el empresario y el cuadro que de ella presentan algunos socialistas alemanes, que no ven en él más que un sobrestante, un mayordomo, un parásito!

El empresario introduce en la producción, no solamente sus capitales, ó los que pueda atraerse por la confianza que inspire, sino todo su trabajo intelectual, su talento de organización y de combinación, su capacidad comercial para comprar y vender bien, y su honorabilidad. Si la explotación fracasa, es decir, si el resultado final se traduce en pérdidas, la ruina del empresario es inminente; y algunas veces, si ha contraido obligaciones que no puede satisfacer, es declarado en quiebra, es decir, queda deshonrado. Las leyes imponen al empresario una responsabilidad moral, que es la severa compensación de su poder director.

Mientras más se desarrolla la civilización, se amplia el mercado y se multiplican las invenciones, es más interesante el papel del empresario, que en nada se parece ya al del obrero; éste no necesita preocuparse de la parte mercantil, que tan importante influencia ejerce en los éxitos de las empresas; el obrero no tiene tampoco que preveer las circunstancias tan variadas que afectan á la producción,



ni los cambios de sistemas ó de combinaciones de labores, que á menudo son tan necesarios,

El papel del empresario exije además cualidades diversas que el del obrero manual, un buen empresario debe ser tan laborioso como el mas asiduo obrero, debe tener por otra parte experiencia, conocimientos, intuición, raras facultades intelectuales y morales, fuerza de voluntad para hacer frente á las contrariedades y decisión para adoptar rápidamente el mejor partido.

Hasta un buen contramaestre, ó un jefe de talleres difiere del empresario; un jefe de talleres no necesita más que de una parte de las cualidades que son necesarias á aquel que debe prever y seguir en sus variaciones las necesidades y los gusto humanos, las oscilaciones de precio de los productos, y reunir al talento del comerciante, el talento del organizador.

Las facultades que acabamos de ennumerar, son indispensables, en proporciones que varían según la importancia de la empresa, á todas las personas que fundan establecimientos industriales, comerciales ó agrícolas.

Si se nos pregunta por qué la marcha de la producción queda encomendada á los empresarios y no á los obreros, responderemos: porque el trabajo de organiza-

ción y de dirección no puede improvisarse ni dividirse indefinidamente, y la labor puramente intelectual es, por su naturaleza, superior al trabajo material ó físico; así como por que el hombre que ha concebido el plan de una producción, y que para el efecto ha reunido todos los elementos necesarios y puesto en juego su fortuna, si se vale de su propio capital, ó su honor, si emplea el capital ajeno, naturalmente es el más caracterizado para dirigir la empresa, que aquellos que simplemente han acudido á su llamamiento, para ejecutar cada uno, un detalle mínimo del conjunto, y que solo prestan á la negociación una ayuda física limitada.

Necesario es sin embargo no abusar de las comparaciones entre la industria, el comercio ó la agricultura, que son resultado de la paz, y las organizaciones militares que se hacen para la guerra. Las primeras se establecen libremente y las otras por la coacción; pero existe entre ámbas una condición común, que es la importancia suprema de la dirección; un buen general y un buen industrial tienen cualidades que no son comunes y que puede asegurarse no posee la generalidad de sus subordinados. El espíritu de combinación y de previsión, así como la energía de carácter, son los rasgos distintivos de ámbos. Muy contados, cuando mucho



algunos centenares de empresarios hábiles, por el perfeccionamiento de los sistemas de trabajo, por la eliminación constante de todo despilfarro, por la elección de los mejores mercados para materias primas y la venta de los artículos manufacturados, pueden desarrollar, en proporciones enormes, la potencia industrial y la riqueza de un país.

---